

Una habitación propia

Virginia Woolf
Barcelona: Seix Barral, 2008
Traducción del inglés al español de
Laura Pujol



Por Claudia Arcila Rojas

Departamento de Ciencias Sociales y Humanas
Universidad de Medellín

La vida de un autor no es siempre la expresión de su obra en la vitalidad dinámica de la escritura. A veces la escritura es el silencio del lenguaje donde también se silencia la vida de quien escribe. En Virginia Woolf (nacida en Londres el 25 de febrero de 1882) la vida es obra y su propia vida es el referente de la escritura.

Ahora bien, la vida no se restringe a la cronología del nacimiento y la muerte, cuando ella misma es el gesto de la palabra que transita por las diferentes textualidades y corporalidades de sentido. En este caso, la vida es memoria en recuerdo, en evocación y recitación de sus experiencias.

Por ello, la experiencia de la escritura, en cuyos trazos se moviliza la fuerza de un pensamiento que trasciende los límites de la época y sus restricciones sociales y culturales, pasa a ser la experiencia de la lectura en el atestigüamiento del sentir con la palabra; de la invitación a pensar el pasado de quien escribe con el presente de quien lee.

En esta cercanía vivencial con la escritura de Virginia Woolf suele acontecer el tono de un monólogo íntimo que hace memoria de los movimientos espaciales y temporales que definen los paisajes de su narración. El tránsito de su cuerpo por la escritura es una imagen que no deja de asaltar al lector, en la medida en que ella se reinventa como actor y autor de sus escenas, y en tal sentido, como sujeto que muta entre la razón y la imaginación de sus textos para convertirse en razón e ilusión de nuevas posibilidades con el lenguaje.

En Virginia Woolf y en su literatura, se mueve el telón histórico de una época que suscitó en sus reflexiones la pregunta por la mujer: por su cuerpo en sensación y en extrañeza ante un mundo indiferente a la sensibilidad creativa de lo femenino; a sus tormentos y búsquedas; a sus imágenes y vivencias de la belleza; a la mujer en su condición poética, pero también en su condición de marginamiento social, cultural y material. Por ello, sus obras en la escritura son una provocación a la lectura que trasciende la movilidad de las descripciones, para indagar en el terreno fluctuante e indescifrable de la conciencia; en el terreno de sus elucubraciones con la vida y con la muerte donde, sospecho, retornaba al vientre de liquidez poética para vivir el oleaje de la escritura y sucumbir en la profundidad de sus vertiginosas corrientes. Ya en la superficie, que es la dimensión de lo profundo en la condición humana de la existencia, su cuerpo se hizo obra de quietud; serenidad del espacio propio que deja de ser una habitación para convertirse en “dos metros de la cabeza a los pies” (Tolstoi, 2011); dos metros de espacio para el tiempo de la muerte en cuyo regreso al vientre renace el silencio de la poesía. No muere entonces quien se entrega con su palabra. No se impronta el epitafio como una despedida.

El movimiento de Virginia Wolf no se inmoviliza el 28 de marzo de 1941. Su escritura continúa siendo el río donde su cuerpo flota en expresión de una palabra que sigue hidratando las lecturas de quienes remamos por sus textos sin miedo a caminar por la aridez del desierto y el enmarañado paisaje de la selva. Quienes superamos el hecho de ser mujer u hombre para leer la vida y sus fugas de sentido en los recónditos silencios de la conciencia.

Quienes leemos en la intimidad de una experiencia con el espacio, con el cuerpo, con la soledad y el silencio que encuentra en la literatura el camino para recorrer y habitar *una habitación propia*.



Virginia Woolf en 1939¹

Leer es una acción solitaria en cuyo movimiento la mirada se libera del riesgo a ser descubierta. Leer es contemplar el horizonte del lenguaje sin la premura que asalta con la presencia que arriesga el derrumbamiento de la ficción donde el yo se regodea en aislamiento de la existencia: “«yo» no es más que un término práctico que se refiere a alguien sin existencia real” (Woolf, 1986, p. 7).

En esa soledad de la lectura no es menos mística ni necesaria la soledad de la escritura, lo cual también puede significar la serena libertad del pensamiento para ponerse en obra; en búsqueda y esculpida de un sí mismo. En esta soledad, anfitriona de la belleza y del silencio que la descubre, se reúnen los fantasmas apolíneos y dionisiacos de la confrontación y la reconciliación humana; se reúnen en “el espíritu de la paz” (Woolf, 1986, p. 7) que hace de la existencia un derecho a no existir, a no ser en el ruido y en los afanes de un tiempo sin tiempo y un espacio sin espacio: sin habitación; sin el lugar donde el cuerpo se refugia en el milagro de su momento y en el sortilegio de su intimidad.

Los registros de la exterioridad en sus enardecidos contrastes no son más que los vestigios de épocas añejas en sus olores de rancias concepciones; son los recuerdos en vivencia de la exclusión que restringe la cercanía con la belleza y el sentimiento de satisfacción que esta comparte con la justicia. Belleza

¹ Fotografía tomada de: https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/1/1d/Virginia_Woolf_1939.jpg

y justicia estableciendo el equilibrio de lo humano en el mundo; trayecto vital donde el cuerpo se deja cubrir de las sonoridades sublimes y estéticas donde el cielo se conjuga con la tierra para trazar el camino del asombro, de la pregunta, del pensamiento y de la palabra que se arriesga en la fantasía. Pero es inevitable precisar que se fantasea en el mundo de la vida, con sus contradicciones y angustias, con sus carencias y desproporciones; un mundo de inequidades, e iniquidades que no permiten el auténtico derecho a una existencia donde es posible la belleza:

La obra de imaginación es como una tela de araña: está atada a la realidad, leve, muy levemente quizá, pero está atada a ella por las cuatro puntas. A veces la atadura es apenas perceptible; las obras de Shakespeare, por ejemplo, parecen colgar, completas, por sí solas. Pero al estirar la tela, por un lado, engancharla por una punta, rasgarla por en medio, uno se acuerda de que estas telas de araña no las hilan en el aire criaturas incorpóreas, sino que son obra de seres humanos que sufren y están ligadas a cosas groseramente materiales, como la salud, el dinero y las casas en que vivimos (Woolf, 1986, p. 32).

No tener ese mundo, estar fuera de sus partituras de sentido, al margen de los placeres y reciprocidades que tienden el mantel para compartir la mesa y su banquete dialógico en polifonía de sensaciones y percepciones; no tener el derecho a la escena artística donde confluyen corporalidades en encuentro de tranquilidad, palabra y acto; no tener una vida en la dignidad de obrar sin los apuros binarios y sin las escoriaciones clasistas que ensombrecen a la mujer para cumplir su obra son algunas de las reflexiones que desencadenan en Virginia Woolf los siguientes interrogantes, y que le dan lugar a la construcción de *una habitación propia*.

¿Por qué los hombres bebían vino y las mujeres agua? ¿Por qué era un sexo tan próspero y el otro tan pobre? ¿Qué efecto tiene la pobreza sobre la novela? ¿Qué condiciones son necesarias a la creación de obras de arte? (Woolf, 1986, p. 21).

Frente a ese espejo de inquietudes se proyecta el significante de la realidad para darle paso al sentido de una mujer que encuentra en la novela el territorio para la intimidad poética, pero que requiere de una poética con el espacio para hacer posible la escritura y la lectura; el encuentro con los significados y la citación con las palabras que asisten en su velada con la obra. Para que la mujer se ponga en escena con la literatura también se debe poner en la escena de la igualdad política; sobre el tablado social de las reivindicaciones humanas que toman la voz y la acción para posicionarse frente al arte y frente a las condiciones que lo reducen:

[...] escribir una obra genial es casi una proeza de una prodigiosa dificultad. Todo está en contra de la probabilidad de que salga entera e intacta de la mente del escritor. Las circunstancias materiales suelen estar en contra. Los perros ladran; la gente interrumpe; hay que ganar dinero; la salud falla. La notoria indiferencia del mundo acentúa además estas dificultades y las hace más pesadas aún de soportar. El mundo no le

pide a la gente que escriba poemas, novelas, ni libros de Historia; no los necesita. No le importa nada que Flaubert encuentre o no la palabra exacta ni que Carlyle verifique escrupulosamente tal o cual hecho. Naturalmente, no pagará por lo que no quiere. Y así el escritor —Keats, Flaubert, Carlyle— sufre, sobre todo durante los años creadores de la juventud, toda clase de perturbaciones y desalientos. Una maldición, un grito de agonía sube de estos libros de análisis y confesión. «Grandes poetas muertos en su tormento»: ésta es la carga que lleva su canción. Si algo sale a la luz a pesar de todo, es un milagro y es probable que ni un solo libro nazca entero y sin deformidades, tal como fue concebido. Pero, para la mujer, pensé mirando los estantes vacíos, estas dificultades eran infinitamente más terribles. Para empezar, tener una habitación propia, ya no digamos una habitación tranquila y a prueba de sonido, era algo impensable aun a principios del siglo diecinueve, a menos que los padres de la mujer fueran excepcionalmente ricos o muy nobles. Ya que sus alfileres, que dependían de la buena voluntad de su padre, sólo le alcanzaban para el vestir, estaba privada de pequeños alicientes al alcance hasta de hombres pobres como Keats, Tennyson o Carlyle: una gira a pie, un viajecito a Francia o un alojamiento independiente que, por miserable que fuera, les protegía de las exigencias y tiranías de su familia. Estas dificultades materiales eran enormes; peores aún eran las inmateriales. La indiferencia del mundo, que Keats, Flaubert y otros han encontrado tan difícil de soportar, en el caso de la mujer no era indiferencia, sino hostilidad. El mundo no le decía a ella como les decía a ellos: “Escribe si quieres; a mí no me importa nada.” El mundo le decía con una risotada: “¿Escribir? ¿Para qué quieres tú escribir?” (Woolf, 1986, p. 39).

El lenitivo de la ofensa puede ser la misma escritura, el mismo territorio donde la palabra es voz a una lectura de la realidad y del sentimiento ante ella, pero también el despliegue de la conciencia donde *la tela de araña de la imaginación pende de la realidad* y de sus diferentes ángulos de fatalidad material, espiritual e intelectual. Precariedad de recursos, de sensibilidad y de pensamiento; precariedad de una sociedad negada para comprender el devenir sobre los trayectos de la vida como pruebas de tránsitos y transiciones al pulso de ilusiones frustradas.

Pero esta realidad, en la cual se deambula entre huellas de ilusiones y esperanzas, constituye el retorno a la memoria divina, a la experiencia estética en cuya geografía literaria se logran tentar las tristezas para desafiar la desdicha y volver a intentar la prueba: la de vivir, la de morir y renacer ante el camino donde, el paisaje de nuevos nacimientos, pone en la embriaguez del silencio, en cuyo lenguaje la libertad tiene morada y apertura los recuerdos. Y así tener presente que la grandeza de la palabra no habría tenido posibilidad:

[...] sin aquellos poetas olvidados que pavimentaron el camino y domaron el salvajismo natural de la lengua. Porque las obras maestras no son realizaciones individuales y solitarias; son el resultado de muchos años de pensamiento común, de modo que a través de la voz individual habla la experiencia de la masa. (Woolf, 1986, p. 48)

En la literatura se acoge un sentir colectivo como puerta al puerto de lo humano en sus grietas de tiempo sobre el espacio recorrido. Es el cuerpo en geografía de recuerdo, donde la voz del dolor y el sufrimiento se descifra en la

herida que se vuelve a desangrar para para que el horizonte de la alegría sea también una opción de ruta en lo humano.

Por ello, en la ontología divina de la literatura es donada la belleza a través de la escritura para cumplir el encuentro mágico en cortejo con la lectura; el encuentro íntimo donde lo femenino aguarda con su vientre en cosecha, con su pregunta abierta a nuevos riesgos y regresiones; con su pregunta en la tierra del origen, de la madre, de la fertilidad en profundidad con el pasado, porque “si somos mujeres, nuestro contacto con el pasado se hace a través de nuestras madres (Woolf, 1986, p. 55); de ese cordón poético que, justamente por ser maternal, hace que “la poesía (siga) siendo la salida prohibida” (Woolf, 1986, p. 56), pero también la entrada necesaria a esa primera habitación del útero donde la propiedad de la vida se intrinca en un vínculo de amor entre la madre y la hija.

Una habitación propia es así la constelación poética donde la vida empieza a ser elegida en sus tonos y extensiones de sentido. Es el espacio sideral donde las imágenes y los sonidos son los retratos y la melodía que la memoria elige para consentir en soledad y silencio; es el pasado con la maternidad de la palabra, con la eternidad de la poesía. Es el espacio que renuncia a la intromisión excluyente y amenazante de lo masculino: de esa identidad fluctuante que interroga y reprime esa otra identidad en anhelo, en travesía, en apertura y en búsqueda.

Identidad femenina en fragmentación, e incluso, en disolución y muerte para el renacimiento a una nueva colocación en la experiencia solitaria de la lectura y la escritura. Una nueva perspectiva en el precedente de la transformación, de la reinención subjetiva donde el camino de la mujer no es distinto a los momentos del camello en el desierto, o del león en la selva; así como a los momentos de la infancia, donde los estados vitales de lo humano asisten estas metamorfosis con el lenguaje en *una habitación propia*. En un espacio de creación y contemplación poética, pero también de mutación en la semántica de arduos recorridos.

Desde Nietzsche ante la exterioridad espacial de un Zarathustra que danza, hasta Woolf en la intimidad de un espacio donde el femenino se contiene en la apacible soledad de la palabra. En la intertextualidad andrógina que cruza sonoridades para ser escuchadas en el silencio sin el peligro de ser mirado, recibido o rechazado; sin el peligro del otro que enajena con su abrazo, con su palabra, con su presencia. El otro que se impone con la bondad de quien posee para salvar del extravío, de la locura, del delirio. El otro que mengua el paroxismo creativo donde lo femenino exhuma su pasado para renacer en la poesía que reta el tiempo. El otro con el cual se padece la experiencia de la sombra, la presencia del ocultamiento, la certeza de la invisibilidad.

En esa otredad se afirma la soledad entre géneros para estar en convivencia con la realidad, entre seres humanos dispuestos a vivir el mundo para retornar

al espacio de la memoria donde la poesía vuelve a tener escena y guión; esa poesía que libera, que suelta lastres y lazarillos; esa palabra de la belleza y la justicia en la cual, aún en fragilidad y agonía, es afrontada la vida sin el miedo a la muerte:

[...] no tenemos ningún brazo al que aferrarnos, sino que estamos solas, y de que estamos relacionadas con el mundo de la realidad y no sólo con el mundo de los hombres y las mujeres, entonces, llegará la oportunidad y la poetisa muerta (Woolf, 1986, p. 81).

Volverá la muerte como obra literaria donde la realidad dialoga, entre el silencio y la oscuridad, con lo femenino a través del hilo divino que introduce al laberinto del recuerdo. El retorno a la habitación donde tienen voz y luz la muerte en tanto acontecimiento de la vida. Lectura y escritura en el sepulcro del lenguaje, donde la muerte es el territorio que contiene todas las preguntas, y en su certeza se originan todas las incertidumbres.

No morir en la muerte de quien nos antecede, no morir sin la paz de la soledad en una habitación con las ventanas abiertas para que entren el mundo, sus olores y sus frutos. No morir sin la escuela de la lectura y la escritura donde la vida se vuelve una poesía del dolor y una poética del espacio, del encuentro íntimo con el femenino que nos habita y nos invita a celebrar la belleza. Con Virginia Woolf, en sus palabras convertidas en ladrillo de una *habitación propia*, es posible habitar el sentido de lo humano desde la palabra que atraviesa el cuerpo para ponerse en contacto con el mundo de la realidad sin la condición diferenciadora de lo femenino y lo masculino; en contacto con el mundo a través de los múltiples trayectos que nos ofrecen la experiencia estética con la vida.

Referencias bibliográficas

- Tolstoi, León (2001). *¿De cuánta tierra necesita el hombre?* México: Editorial Nordica.
- Woolf, Virginia (1986). *Una habitación propia*. Barcelona: Seix Barral.